

Magia En El Silencio (Capítulo 2+ Capítulo 3)

Javier Vázquez Sanesteban



Capítulo 1

Capítulo 2: La Primera Estocada

En un mundo donde los secretos son la verdad.

Mentir es vivir, y un hombre sincero, un simple vagabundo

Raz seguía caminando através de la ciudad entera, con Mat justo detrás de él, aunque después de la tremenda presión a la que fue sometido el chico aun le costaba caminar a esa velocidad. Raz se paró en una esquina y miró a ambos lados, pareció ver algo, entonces se giró hacia Mat.

-Escúchame Mat, no he venido sólo, una persona me acompaña -explicó el hombre de la gabardina negra-. Su nombre es Anast y... Bueno, es un tanto brusca, ahora la conocerás.

Mat no pudo imaginarse bien qu clase de persona sería, aunque imaginó que sería una mujer, más o menos de la edad de Raz, o más mayor, al menos esa fue la impresión que tenía el chico después de la "detallada" descripción de Raz.

-Sé tratar con las chicas -dijo Mat de forma irónica.

Raz cruzó la acera y giró en la siguiente esquina, se dirigía hacia un coche, un todoterreno gris, no le pegaba mucho al hombre. Antes de llegar al vehículo, Raz avisó a Mat.

-No se si a ella la podemos considerar si quiera una "chica" -dijo sin mirar a Mat.

El hombre pasó a la puerta trasera que estaba detrás del asiento del conductor para abrirle a Mat y dejarle entrar. Mat se imaginó que ella

estaría en el asiento del copiloto, y miró de reojo por la ventanilla del conductor, pero eran cristales tintados, apenas pudo distinguir una silueta. Siguió adelante y subió al todoterreno, Raz cerró la puerta tras de él.

Al mirar hacia el asiento del copiloto, pudo ver una melena rojiza y rizada, con un par de trenzas en el lado izquierdo. Mat nunca antes había visto un pelo así, le sorprendió mucho ya que le recordaba al brillo de los ojos de Raz, solo que este era un rojo fuego intenso. Ella se giró, tan solo para mirarle con el rabillo del ojo, pero Mat pudo distinguir una mejilla rosada que estaba muy marcada en el rostro mucho más claro de la chica, tan sólo por esa zona de su cara Mat pudo ver que se había equivocado en la edad de la chica, tendría más o menos su edad, puede que un año más un año menos, pero, de nuevo, Mat se quedó embelesado con uno de los detalles de la chica, sus ojos. Por la colocación de la chica, tan solo pudo ver uno de sus iris, pero el tono era un castaño claro precioso, como el caramelo, casi como la miel. Aquel brillo no impresionó a Mat tanto como el de Raz, pero definitivamente le pareció increíble. Esta vez fue ella la que giró la vista, tan solo le miró unos tres segundos, acto seguido Raz se subió en el asiento del conductor.

-¿Es este? -dijo ella en un tono muy desagradable.

Raz suspiró profundamente y arrancó el vehículo.

-Si Anast, es él -respondió Raz sin mirarla.

La chica se giró completamente, poniéndose de cara a él y se acercó un poco a Mat, que trataba de mantener la calma y ponerse el cinturón en el asiento, pero no pudo evitar volver a cruzar miradas con Anast. La chica le mantenía la mirada, pero él aún estaba un poco afectado por la presión extraña que Raz había hecho hacía un par de minutos, se mantuvo encajado al asiento del todoterreno, mirando la cara de la chica, fijándose más en ella, mientras Anast respondía inspeccionando cada parte del chico.

-¿No eres muy avisado no? -preguntó la chica de pelo rojizo.

Mat tragó saliva, tenía que preguntar de nuevo, no sabía a que se refería.

-¿Porque lo dices?

Anast sonrió de forma burlona.

-Normalmente la gente se quita la mochila al entrar en un coche, y no se pone el cinturón, aun encima.

Mat se sonrojó de forma terrible. Ella tenía razón, tenía la mochila a la espalda, ni se había percatado. Se quitó rápidamente el cinturón y luego la mochila, también el chaquetón, tenía más calor ahora que entró en el coche.

-Digamos que es un chico especial -musitó Raz-. Le enseñé un poco de "Presión".

Anast rió muy levemente, como si no quisiera que Raz la escuchase, por si acaso la reprendaba por ello.

-¿Como fue? -preguntó la chica- ¿Le llevó mucho despertar? A saber cuanto estuvo desmayado.

Raz negó con la cabeza. Estaban pasando un pequeño túnel que iba por debajo de la plaza de Ferno, cerca de la casa de Mat. Raz estaba muy atento a la carretera, así que respondió sin mirar a Anast.

-No se desmayó, tan sólo perdió algo de aire y cayó al suelo, pero siempre estuvo consciente -explicó el hombre, impasible.

Anast se giró hacia él, a tal velocidad, que su pelo rojizo se le puso delante de la cara, ella se lo apartó y dejó ver una cara de sorpresa y dudas, luego volvió a mirar a Mat, examinándole de nuevo, "un chico normal", pensaba. Mat estaba hundido en su asiento, como si los ojos de Anast le petrificaran con su extraño brillo. Anast se giró por segunda vez hacia la carretera y él se sintió más aliviado al estar sin la mirada de la chica encima.

-¿A donde vamos? -preguntó Mat con un hilo de voz.

Raz le miró por el espejo retrovisor. Seguía atento a la carretera, pero no podía evitar poner sus ojos en el que ahora era su nuevo protegido.

-Bueno, primero deberíamos ir al Centro Goldert, cuando todos los asuntos estén arreglados podrás... -un zumbido en la guantera del todoterreno hizo que Raz callara. Anast y él cruzaron miradas, era algo importante. La chica abrió la guantera y sacó una especie de teléfono móvil. Estaba iluminado y zumbando sin parar.

-Creo que el Centro tendrá que esperar -dijo la chica-. Según esto tenemos que acercarnos al parque Saucies, junto a la carretera general.

Raz dio un volantazo y aceleró, pasó tres semáforos en rojo a toda velocidad, directo por calle que daba al parque. Mat se agarró al cinturón mientras el coche daba vandazos, escuchó como un par de coches pitaban descontrolados antes la impasividad de Raz, que seguía sin pisar el freno. El chico no se atrevió a preguntar que diablos pasaba, estaba más atento

a vigilar que el todoterreno gris no se estrellase contra ningún vehículo o farola. Anast seguía tecleando en el teléfono, se preguntó que hacía la chica, pero no encontró palabras para preguntarlo.

-¿En que parte del parque? -preguntó Raz.

Anast mantenía la vista en el aparato, parecía que la ignoraba, pero aún estaba buscando algo.

-Es mas bien al lado, en el edificio de aparcamientos -explicó Anast revisando sin parar-. Según esto es en el tercer piso de aparcamientos, y piden que nos demos prisa.

Raz metió quinta marcha y aceleró, parecía estar metido en una carrera callejera. Mat se agarraba a lo que podía para no salir disparado, pensaba que en cualquier momento el cinturón se rompería por la fuerza que ejercía el coche. Vio que pasaban frente al ciberclub que había en la carretera general, muy cerca del parque. Raz giró a la derecha y a continuación tomó una rampa, la entrada del edificio de aparcamientos. Aquel parque era muy famoso y, para aprovechar el espacio de un antiguo edificio, contruyeron cinco plantas de aparcamientos para poder visitarlo en primavera, que es cuando se celebraba el famoso evento de las flores de cerezo.

El coche dio un pequeño salto y frenó, haciendo que Mat casi diese contra el asiento de Raz, sin darse cuenta el coche ya había llegado al tercer piso de aparcamientos. Mat miró a todos lados pero no veía nada, aún no entendía que hacían allí.

-Vaya -empezó Raz-, definitivamente esto será un buen problema.

Mat se quitó el cinturón y miró en la dirección que miraban tanto Raz como Anast, medio ergido entre los dos asientos delanteros, pero no veía nada, tan solo unos coches aparcados. Puede que no se estuviera fijando bien, o que desde su posición fuese imposible de ver lo que quiera que mirasen ambos.

-¿Crees que se portará bien? -preguntó Anast mirando a Raz-. Parece más desconcertado que enfadado.

Raz abrió la guantera y cogió un objeto plateado, como una empuñadura, pequeña, algo más larga que su mano y bastante delgada. Abrió la puerta del coche y miró a Anast, que estaba en su asiento, y a Mat, que se había echado hacia delante y estaba junto al respaldo del asiento delantero.

-Quédate con él en el coche, no te muevas -ordenó Raz-. Y tu no salgas

del coche.

Señaló a Mat y luego movió el dedo hacia la parte de atrás del coche. El chico notó que una fuerza tiraba de él y lo ponía contra el asiento del coche. Cuando quiso darse cuenta, el cinturón se había abrochado sólo y no podía quitárselo. Se quedó abatido un segundo, luego volvió a mirar hacia donde se dirigía Raz, que ya había cerrado la puerta del todoterreno y avanzaba empuñando el extraño objeto plateado en su mano derecha.

-Anast -era la primera vez que pronunciaba su nombre, casi le da un escalofrío cuando se percató. La chica se giró un momento hacia él para atenderle, estaba más seria que antes-, por favor, ¿Me explicarías que pasa?

Anast no dijo nada, se giró hacia delante y de la guantera sacó un pequeño tomo de bolsillo de un libro marrón con varios grabados.

-Lee un poco -dijo desinteresada-, ya te contaré.

Mat se quedó mirando el tomo que le había dejado en las rodillas y suspiró, no le tomaba nada en serio. Miró de nuevo a Raz, estaba caminando más lento que antes, un poco agachado como si estuviese precavido de algo. Fue entonces cuando Mat pudo distinguir una silueta oscura salir de entre dos coches, de un hombre, bastante grande, ancho y calvo. Salió despacio, hacia Raz, que se frenó en seco. Mat no podía apartar sus ojos, se preguntaba quien era ese hombre y que hacía allí con Raz. Al chico le pareció oír a Raz hablando, aunque no entendía nada desde dentro del coche. Estaba más atento a la figura que había aparecido frente al hombre de la gabardina.

El hombre en sí, tenía un cuerpo más grande de lo normal, como si estuviese hinchado, le sacaba dos cabezas a Raz, Mat le echaba dos metros y pico. Vestía con ropa de portero de discoteca, camiseta negra corta y ajustada, pantalón oscuro y caído y zapatos negros, definitivamente tenía aspecto de portero. Perilla, dos pendientes, ciacatriz en la mejilla derecha y, para sorpresa de Mat, ojos rojos. No era que el blanco de los ojos estuviese irritado, realmente el iris del hombre era rojo, más rojo y profundo que el pelo de Anast, Mat podía verlo incluso desde aquella distancia. Un brillo como el de Raz o Anast, pero este, a diferencia de ellos, le daba escalofríos. Raz alzó la palma de la mano hacia el hombre, seguía hablando, pero la gran masa apenas se inmutaba. Él dio un paso, Raz retrocedió tres, no quería estar cerca de él, pero ante la consciencia del hombre de que Raz estaba en guardia, se enfureció, su ceño se hundió tanto que parecía que su cara estaba a punto de estallar, apretó los dientes y dio otro paso, pero este fue más bien un pisotón, el suelo del piso temblo, incluso algunos coches empezaron a pitar por el temblor que había producido el hombre con un movimiento tan

común. Raz no retrocedió a pesar del tambaleo, apretó más la empuñadura en su mano y esta comenzó a brillar. De la empuñadura salió un hilo de luz blanca que cobró la forma de la hoja de una espada de doble filo, luego la luz retrocedió dejando ver el filo real de la espada metálica, alargada y no muy ancha, perfecta para empuñar con una única mano.

-Maldita sea... -susurró Anast para sí. Raz tenía que pelear contra aquel hombre, que ya no parecía un hombre.

-¿Que diablos fue eso? -Mat aún estaba hablando del temblor, no de la espada, aunque también le había asombrado- ¿Que es ese tipo?

Anast no se giró hacia él, estaba demasiado atenta a los movimientos tanto de Raz como de la gran figura de ojos rojos que se cernía frente a él. La chica pensaba en las estrategias que seguiría Raz para vencer, en que podría servir para enfrentar algo como eso.

-Eso ya no es una persona -dijo Anast en bajo-, ahora es un *Irio*...

Mat miró a Anast sin entender, pero en aquel momento no podría entender nada, no después de lo que estaba viendo. El hombre alzó un puño con un ensordecedor rugido y lo bajó a la velocidad de una bala de cañón, como si su brazo se tratase más bien de un mazo. Raz previó el ataque y rodó un par de metros a su derecha, espada en mano, evitando el tremendo impacto. El puño chocó contra el suelo creando un nuevo temblor en todo el piso, los coches botaron de la fuerza del impacto y Raz, aun habiéndolo esquivado, salió algunos metros despedido por la onda expansiva del golpe. Mat y Anast se agarraron al asiento mientras el coche trataba de mantenerse estable, el chico notó un terrible escalofrío, su cuerpo temblaba y la temperatura del ambiente había descendido aún más, incluso dentro del coche. Raz estaba de pie otra vez, el hombre de ojos rojos se giró hacia él, pero él respondió con un paso veloz. Dos, tres pasos... Ya estaba frente al gran hombre que se asemejaba a una montaña. Arremetió con la espada en la pierna, por encima de la rodilla, y el brazo izquierdo, junto al hombro, de dos tajos rápidos y profundos, dejando cortes en ambas extremidades del hombre, que rugió de ira. Ahora Raz estaba a su espalda, trató de continuar el ataque, ahora tenía intención de matar, apuntando al corazón desde detrás. De alguna manera el hombre respondió con el brazo herido, giró sobre sí mismo y golpeó con su puño izquierdo al torso completo de Raz, en aquel instante el puño del hombre era tan grande que para Raz fue como si le hubiese atropellado un coche. Voló varios metros hasta dar contra el suelo, después rodó hasta que chocó contra el faro izquierdo de un vehículo, era el todoterreno donde estaban Anast y Mat.

Mat gritó el nombre de Raz y Anast se llevó las manos a la boca, ahogando un grito de pánico. Mat trató de pensar, era el que estaba más

cerca de Raz, Anast tendría que pasar por delante del coche y encarar al hombre, pero él podría bajar y subir a Raz al asiento del conductor si se daba prisa. No tuvo más tiempo a pensar, el hombre daba otro paso hacia ellos, no tenía prisa, pensaba que ya estaba acabado después de ese brutal ataque. Mat tuvo que actuar, lo hizo por instinto, logró quitarse el cinturón y abrió la puerta, corrió hasta Raz, el hombre tenía un corte en la cabeza del que brotaba sangre y un hilo rojo que le bajaba desde el labio hasta la barbilla, pero mantenía la consciencia de alguna forma, con los ojos entre abiertos y mirando la figura enorme delante de él.

-¡Hay que subir al coche! -gritó Mat.

Raz se levantó con la ayuda de Mat, que pasó un brazo por su hombro para ayudarlo a caminar. Escuchó un rugido tras de él, pero no se atrevió a girarse. Logró abrir la puerta del conductor y meter a Raz, luego se metió en el asiento trasero y cerró la puerta.

-Raz , ¡Raz! -Anast trataba de hacer entrar al hombre en la realidad, aún estaba conmocionado por el impacto- ¡Escuchame, tenemos que irnos!

Raz abrió mucho los ojos, como si hubiese estado durmiendo y acabase de despertar de un profundo sueño. Miró al ser que avanzaba hacia ellos, algo más rápido, pero cojeaba, el tajo anterior había logrado frenarle un poco, de su pantalón rasgado salía bastante sangre que dejaba un rastro a su paso. La herida del brazo había sido algo menos profunda, pero aun así sangraba demasiado. Raz, al ver los cortes, recordó.

-Mi espada -dijo entre dientes y con la boca algo ensangrentada-, hay que coger mi espada.

Anast y Mat se miraron, como si hubiesen olvidado el objeto metálico por completo. Mat no la había visto junto a Raz, no sabía donde podía estar. Anast miró a su alrededor por la ventanilla, buscando el brillo plateado de la espada, pero no la encontraba por ninguna parte. Un grito les hizo mirar hacia delante del coche.

-¡A cubierto!

Justo después del grito de Raz un objeto bastante grande cayó contra el parabrisas del coche con un sonido terrible, dejándolo muy agrietado, pero no logró romperlo. Mat se fijó en el amasijo de hierros y aceite, el gigante les había lanzado un coche encima. Anast y Raz se habían tapado la cara por miedo al impacto, pero por suerte estaban bien, de alguna forma el todoterreno había resistido.

-Este coche es más duro que uno normal -explicó Anast-, aguantaremos algunos golpes más, pero tenemos que encontrar la forma de salir de

aquí, y deprisa.

El coche que tenían encima se elevó unos tres metros, los tres contemplaron aterrorizados como el hombre alzaba el coche para golpearles de nuevo. Se cubrieron otra vez y el hombre volvió a arremeter contra el parabrisas, estando a punto de destrozarlo. Algunos cristales saltaron hacia dentro del todoterreno. Tenían que salir de allí, el cristal no iba a aguantar más

Mat vio como una mano enorme volvía a coger el coche, con el próximo impacto puede que el cristal reforzado rompiese, tenía que pensar, con Anast y Raz delante podrían quedar aplastados por la masa de hierros.

-¡Poneros detrás! -gritó el chico.

Anast cogió a Raz y lo ayudó a pasar entre los dos asientos delanteros para llegar a la parte de atrás del coche. Mat le agarró del brazo y lo hizo deslizarse hasta poder sentarse en el asiento derecho. El coche ya se estaba levantando de nuevo, el impacto era inminente, Mat sabía que si el cristal rompía el coche alcanzaría a Anast, no aguantaría un golpe como ese. Anast gateó entre los asientos, pero el coche ya estaba bajando, le atraparía la pierna. Mat actuó rápido, cogió a la chica directamente por la cintura y tiró de ella con todas sus fuerzas para colocarla en el asiento del medio.

La chica cerró los ojos, no sabía que pasaba, pensó que el coche le alcanzaría, entonces escuchó el sonido de los cristales rompiéndose en mil pedazos y del coche chocando contra el todoterreno, un sonido de metal contra metal, pero no pasó nada, sin saber como, estaba a salvo y de una pieza. Se encontraba entre Raz y Mat, sentada, con Mat sujetándola y protegiéndola con su cuerpo de los cristales que saltaron.

-¿Estás bien? -preguntó Mat. Su tono no sonaba como el de un chico en esa situación, ahora no estaba asustado como cuando el coche impactó por primera vez contra el todoterreno, ahora estaba muy serio, pensando en planes, en alternativas, se le tenía que ocurrir algo para salvarlos.

Anast asintió y miró a Raz, que estaba con los ojos casi cerrados, tratando de mantener la consciencia, su cara estaba muy ensangrentada por el corte de su cabeza y demasiado débil como para luchar contra aquel ser.

-¿Y ahora que? -preguntó Anast muy nerviosa-. Si tan solo pudiese coger el teléfono... -aquello ahora era imposible, el teléfono estaba en el asiento de delante, sólo podría entrar si no tuviesen ese coche encima.

Mat negó con la cabeza enfadado, no se le ocurría nada. Notó un temblor en el lateral del coche, justo donde estaba Raz. El todoterreno empezó a

inclinarse, Anasta cayó sobre Mat y Raz sobre ambos.

-¡Nos va a volcar! -gritó Raz como pudo.

El todoterreno pesaba mucho más que el coche, pero no parecía costarle demasiado volcar el vehículo. En un momento, el todoterreno gris ya estaba apoyado sobre el lateral de Mat, que trataba de mantener a Anast y a Raz sobre él.

-¡Agachad la cabeza! -gritó Mat al tiempo que un terrible golpe zarandeaba el coche.

Los tres gritaron y el coche cayó boca abajo, se retorcieron de dolor. Entre el golpe, los cristales y la postura apenas podían moverse. Estaban tumbados sobre el techo del todoterreno, tratando de encontrar una posición en la que su cuerpo no les doliese. Mat tenía algunos rasguños, no sabía como se los había hecho pero le escocían en la cara y los brazos. El chico trató de pensar, cerró los ojos, pensó en el momento en el que Raz era golpeado, pero solo notaba una sensación desagradable al recordarlo. Se centró en la espada ¿A donde había ido? Recordó un brillo metálico deslizarse a la par que Raz, pero la espada no estaba junto a él, entonces solo podía haber una opción...

-Quédate aquí -le dijo a Anast abriendo los ojos. El chico se giró boca arriba y empezó a golpear la puerta con ambas piernas.

Anast quiso preguntarle que iba a hacer, pero entonces la puerta del coche, aboyada y destrozada, se desprendió del vehículo. Mat vio dos piernas como columnas que sostenían a la gran figura que tenían al lado. Un golpe en el coche hizo que Anast se agachara, pero Mat aprovechó el momento, el hombre estaba ocupado con el coche. Pasó entre las pierna del hombre, que advirtió su presencia y dejó el coche, pero Mat ya había localizado la espada. Estaba donde antes descansaba el coche, se había deslizado bajo el todoterreno, por eso no la vio.

Mat corrió hacia la espada, aún tenía el filo brillante. La gran masa iba tras de él, algo más lenta gracias al corte de la pierna y a su tamaño, pero lo suficientemente cerca como para rugir y lanzarse sobre él. Mat se lanzó en plancha a por la espada, tenía que cogerla o moriría, sujetó la empuñadura y se giró hacia el hombre poniéndose en pie, blandiendo la espada hacia él, apuntando directamente hacia su pecho que se aproximaba. El hombre no logró frenar y la espada se hundió justo en el medio de su pecho, dejando brotar sangre por su tripa y por el filo de la espada plateada. Miró a Mat con cara de cordero degollado, el chico le repondió con una mirada de incertidumbre y miedo, como si aún no entendiese que había pasado o que había hecho. Los ojos rojizos y brillantes del hombre se volvieron castaños de nuevo, tratando de

balbucear algo ininteligible, que Mat escuchó, pero no comprendió.

Entonces el hombre cayó muerto hacia un lado, con la espada aún clavada en el pecho y revosando líquido rojizo. Mat cayó delante de él, de rodillas, todo lo que hizo fue por instinto, su cerebro le ordenó actuar, aunque no le gustase el resultado. Se arrepentía de lo que había hecho, pero entonces miró al todoterreno volcado y se encontró los ojos de Anast, tratando de coger aire. La chica asintió y sonrió levemente, él le respondió con una media sonrisa forzada. Mat era consciente que había matado a alguien, aunque, como dijo Anast, aquello ya no era un hombre. Lo único que le consoló fue encontrar otros ojos para sustituir la imagen de dolor, los ojos de agradecimiento y felicidad de Anast

Capítulo 2

Capítulo 3: El Secreto Mejor Guardado

Quienes no tienen la voluntad para guardar un secreto

No tienen el suficiente valor para afrontar nuevos retos

Mat aún yacía de rodillas, con los ojos inmóviles en el cuerpo del "hombre" que tenía delante, abatido. Ni siquiera la voz de Raz y Anast le hacía regresar de aquel espacio en blanco en su mente en el cual se había encerrado, como cuando perdió a todas esas personas, una tras otra, por lo que consideraba su estupidez...

-Mat, por favor responde -Raz trataba de hacer al chico reaccionar. Estaba apoyado en Anast, que había logrado sacar el teléfono móvil y trataba de contactar con alguien-. Levántate, ya se acabó.

Mat cerró los ojos y cogió mucho aire, luego lo soltó profundamente, tratando de calmarse. Pero aquella imagen jamás se le iría de la mente, la de aquellos ojos rojos inyectados en sangre volverse un pequeños y apagados ojos claros y marrones, que parecían desmoronarse poco a poco a cada segundo que la espada permanecía atravesándole el pecho, hasta que se fundieron del todo.

Raz soltó a Anast y le lanzó una mirada, Anast asintió y miró al chico con el teléfono en la oreja, esperando respuesta. Le pareció ver a una persona totalmente distinta al chico que había visto antes, como si lo anterior fuese solo una fachada para ocultar lo que de verdad tenía dentro. Su visión del chico cambió por completo, ella aún no había acabado con ningún *Irio*, y él, en su primer día, había matado a uno, aunque el resultado al chico no le agradase. Un sonido en el teléfono le hizo volver

en si y la chica se alejó un poco para hablar, dejándolos solos.

Raz se agachó con dificultad junto al chico, poniéndose en la misma posición que tenía él. Mat no apartaba la vista del hombre, aunque parecía algo más tranquilo que antes.

-Por si lo estás pensando, eso no es una persona -dijo Raz con su clásica "sutileza"-. Se llaman *Irios*, son seres que se esconden como humanos y, en ocasiones, explotan por pura rabia, por un encantamiento malvado o por un sentimiento muy intenso, cuando eso pasa, se van a un lugar solitario para calmarse, pero si sus ojos se vuelven totalmente rojos...

-Se transforman en animales -completó Mat. Jamás había visto algo así, pero entendía de que se trataba-, como los fantasmas ¿No? He leído mucho, los fantasmas vengativos existen por rabia o fuertes sentimientos en vida, por meras emociones, pero también se pueden crear con rituales y magia. Los fantasmas malvados ya no son fantasmas de personas, son animales que quieren matar.

Raz asintió, era una forma un tanto sencilla de definirlo pero tenía razón en eso.

-No tienes porque sentirte culpable -dijo Raz.

Mat negó con la cabeza.

-No me siento culpable -espetó muy friamente-, como has dicho, esos seres se guían por emociones, pero cuando lo maté, y el rojo de sus ojos se fue, no estaba enfadado, ni triste, no tenía una emoción que lo guiase.

Raz miró al chico, empezaba a entender porque el chico se había quedado así. Aquel *Irio* no había estallado sólo.

-Si no fue una emoción lo que le guió... -siguió Mat-. Fue otra persona la que le provocó, de alguna forma, pero se que lo hizo. Lo que quiero es saber quien y hacer que pague. Porque ese hombre... o lo que fuese, se sentía culpable.

Raz no apartó la mirada del chico. Le recordaba a su bisabuelo, Matthew Gicerhun, hablaba igual que él, primero las personas, después él. Siempre antepone a los demás, aunque ese fue el motivo que los metió en tantos problemas, pero jamás se arrepentía de nada, siempre sonreía cuando lograba ayudar a alguien.

-Ahora debemos irnos de aquí -dijo Raz cortando el ligero silencio que se había formado-. Imagino que alguien ya está viniendo hacia aquí para

solucionar esto, de todas formas, lo primero es ponerte a salvo.

Mat giró la cabeza hacia él, como si por fin hubiese llamado la atención del chico. No entendía porque debían de "ponerlo a salvo", cuando se suponía que aquello en realidad no tenía nada que ver con él.

Anast ya había guardado el teléfono y se acercó a los dos, seguía mirando al gran Irio, como si pensase que en cualquier momento se levantaría y les atacaría.

-Un equipo de limpieza viene hacia aquí -informó ella-, llegará en dos minutos, así que debemos vigilar la escena hasta entonces, es mejor coger nuestras cosas.

Mat recordó su mochila y el chaquetón, aun estaban en el todoterreno volcado. Pensó en todos sus poemas y sus apuntes, la cartera, las llaves de casa, tenía que cogerlo. Se levantó poco a poco y fue directo hacia la puerta que el mismo había arrancado a golpes, aún no sabía como lo había hecho. Cogió la mochila que había quedado incrustada bajo uno de los asientos delanteros, si no se hubiese mantenido ahí, puede que le cayera encima. También cogió el chaquetón negro que estaba en el techo del vehículo, si no tenían heridas de cristales fue gracias al chaquetón, que había quedado muy marcado por los tajos y cortes de pequeños cristales del parabrisas. Cuando se levantó con sus cosas, vio que Raz ya había tomado su espada, ahora era tan solo la empuñadura.

Un par de sonidos de sirenas rompieron el silencio. Mat las reconoció bien, una ambulancia y un coche de policía, ¿Alguien había llamado a urgencias?

-¿Habéis cogido todo? -preguntó Raz.

Anast dudó. Se acercó al todoterreno y se metió dentro otra vez, cogiendo algo pequeño y marrón, luego se lo dio a Mat, era el tomo grabado que le había entregado antes.

-Me alegra que no lo quisieras leer -dijo Anast acercándose de nuevo.

Mat sonrió. Era la primera vez que la chica le parecía agradable.

El coche de policía y la ambulancia aparecieron por la rampa, varios agentes y algunos sanitarios bajaron de los vehículos y fueron directos hacia Raz y compañía. Uno de los agentes le dio la mano a Raz mientras los sanitarios y los demás recogían el cuerpo del *Irio*.

-¿Quiénes son? -preguntó Mat a Anast, que aún estaba junto a él.

Anast le puso la mano en el hombro y le llevó junto al agente que hablaba con Raz para escuchar la conversación.

-La habéis armado buena aquí dentro -suspiró el agente.

-No tuvimos otra opción -achacó Raz-, estaba totalmente fuera de control. Subiremos a la ambulancia para regresar al Centro.

El hombre asintió y pasó junto a Mat. Le echó una mirada de desconfianza con dos ojos azules, como los de Raz, con el mismo brillo misterioso.

Raz cojeó un poco hasta la ambulancia, Anast y Mat le sujetaron y se lo pusieron a hombros para ayudarlo. Un sanitario fue rápidamente hacia ellos después de meter al *Irio* en una bolsa para cadáveres y colocarlo en la ambulancia. Hizo que los tres se sentasen.

-Vamos a haceros una pequeña revisión -comentó el hombre mientras dos compañeros cerraban el portón de la ambulancia-. Será solo un momento, empezaremos por ti Raz, parece que te han dejado bastante mal.

El hombre no dijo nada, tan solo cerró los ojos. Los dos médicos le quitaron la gabardina, el traje, la corbata y la camisa blanca, toda la ropa estaba ensangrentada por la herida de su cabeza. Tenía un moratón enorme en su lado izquierdo del golpe del *Irio* colérico, pero primero se encargaron de su cabeza, parecía que el sangrado estaba frenando, pero tenían que ponerle puntos.

Mat no dejaba de mirar la bolsa para cadáveres mientras la ambulancia arrancaba. Pensaba en el ser, ya no hombre, que había matado. Poco a poco se estaba dando cuenta de todo lo que había escondido en el mundo y se percató de que aún tenía la carta de su bisabuelo. "*Guarda el secreto*", ahora entendió a que se refería. Miró el reloj, aún era la una menos cuarto, tenía bastante tiempo., se echó hacia atrás en el respaldo del asiento, cerró los ojos y, antes de darse cuenta, se durmió...

Algo lo estaba zarandeando, no de forma brusca, pero él sabía que le querían despertar. Abrió los ojos poco a poco, tratando de acostumbrarse a la luz, cuando un destello cobrizo le hizo abrir los ojos de golpe. Anast estaba justo delante de él, inclinada hacia delante y tratando de despertarlo. Se sobre saltó un poco, movió la cabeza hacia atrás dando contra el respaldo de la ambulancia. La chica rió, pero no como lo había hecho hasta ahora, no fue una burla, parecía como si le pareciese entretenido.

-No se si soy tan fea como para asustarse -bromeó la chica- ¿O si?

Mat negó con la cabeza a toda velocidad, parecía que se le saldría de los hombros. Se había puesto del mismo color que la melena de pelo de la chica, no sabía muy bien porque. Ella tan solo sonrió y se puso totalmente de pie y miró hacia el lado izquierdo de Mat. Él siguió su mirada, dando con Raz, que parecía muy recuperado. El chico pudo ver como la herida de su cabeza ya había cicatrizado, y no tenía ni una marca o ranguño en la cara de la batalla, tan solo unas vendas en el torso, pero tampoco pudo ver ninguna marca de algún moratón ¿Cuanto llevaba durmiendo?

-Le dije que te dejase descansar, pero quería que vieses el paisaje - comentó Raz mirándole a los ojos con sus cristales azules-. Es verdad que es algo precioso de ver.

Anast le cogió del brazo e hizo que lo acompañase hasta la parte delantera de la ambulancia. Mat pudo ver a través del cristal que estaban en una carretera que pasaba por la falda de una montaña, frente a un inmenso valle que se extendía frente a ellos, se fijó en un pequeño destello en medio del bosque que inundaba el vasto espacio entre los montes de alrededor. Al principio pensó que no era nada, pero al fijarse pudo ver una construcción en un pequeñísimo espacio dentro del bosque en comparación con el conjunto. Era lógico que no lo viese bien, el techo era del mismo color que el césped de alrededor, perfecto camuflaje natural en medio de aquella espectacular mancha verde. Pero se le vino la hora a la cabeza.

-¿Llevo mucho tiempo durmiendo? -le preguntó a la chica.

Ella asintió.

-Un par de horas -comentó ella-, un poco más en realidad. Quise despertarte un poco antes pero Raz dijo que estarías muy cansado así que te dejé dormir.

Mat pensó en su madre, ya serían las tres menos algo, más bien las tres y pico, tenía que hablar con ella. Estaba a punto de comentarlo cuando la chica siguió hablando.

-Ya han hablado con tu madre, está bien, sabe que venimos aquí, podrás hablar con ella más tarde.

La información le alivió bastante, pero, seguía preocupado por que opinaría su madre acerca de todo aquello. Miró a Raz con preocupación y a la vez desconcierto, no sabía muy bien que decir, o que preguntar.

-Estás preocupado por lo que piense tu madre ¿cierto? -dijo Raz rompiendo el silencio formado tras la explicación de Anast. Sabía que Mat

estaba pensando en eso en aquel preciso momento-. Ella debe entenderlo, además, ya lo sabía de antemano, que este día llegaría. Aunque sea solo de los varones la responsabilidad de la familia, el secreto es algo que pasa de generación en generación, de padres a hijos, aunque los hijos sean mujeres. Tu bisabuelo se lo dijo a tu abuela, y tu abuela a tu madre, y ella te lo diría también a ti, pero antes debías cumplir la mayoría de edad, solo han pasado cuatro días desde que eso ¿No? Tu madre estaría pensado como decirlo, pero tarde o temprano, te lo diría...

Mat se mantuvo pensativo, no sabía muy bien si quería entender todo aquello, le asustaba el hecho de empezar de cero. Él siempre había pensado que era buena idea largarse de allí e irse lejos a estudiar y trabajar, pero no lo tenía claro, ahora parecía estar forzado a hacerlo, quisiese o no, aquel era el mundo en el que tendría que vivir. Miró la bolsa de plástico para cadáveres de su lado, donde estaba el Irio, el ser que había matado. Ya había decidido que no podía hablar de él como un "hombre", sino como un "ser", o una "criatura", pero aquello ya no era humano.

-¿Como supiste que hacer? -la voz de Anast le hizo volver a la realidad por un momento para cruzarse con sus ojos castaños- ¿Como es que supiste que hacer con el *Irio*?

El chico miró al suelo de la ambulancia que no se detenía, se percató de que allí aún estaban dos de los sanitarios que les habían atendido, también notó algo en su mejilla, había estado tan atento a su alrededor que no se percató que tenía algunas vendas y tiritas en la cara y los brazos, tapando los cortes que se hizo en el todoterreno.

-Instinto -respondió vagamente.

Anast frunció el ceño.

-Los *Irios* solo pueden morir cuando son atravesados por plata -explicó-. Además el punto débil de un Irio es el pecho, su corazón es algo más grande que la media humana así que apuntando al medio del pecho es fácil acertarle, ¿De verdad pudiste hacer todo eso por instinto?

El chico la miró de reojo, aunque no quería cruzar de nuevo miradas con ella, pero sabía que estaba mirándolo, esperando su tan ansiada respuesta.

-En realidad, si hice eso fue por instinto -respitió él-. Aunque es verdad que no es la primera vez que manejo un arma como una espada...

Raz se levantó de golpe, aquello no lo sabía, tenía curiosidad en aprender

que más no sabía de Mat.

-¿A que te refieres? -preguntó el hombre de ojos azules.

-Desde los diez años me ha interesado la esgrima, nunca me apunté, pero si que he practicado con un amigo mío usando palos como si fuesen espadas, aunque no me refiero a la esgrima actual...

El chico le hechó un vistazo a la cara de Raz, seguía sorprendido de como se habían curado sus heridas, era como si para su cuerpo hubiesen pasado semanas desde el incidente y ya estuviese lleno de energía.

-Te refieres a la esgrima histórica, la esgrima de duelos y justas -comentó Raz a modo de pregunta.

Mat asintió muy serio.

-Me informé bastante sobre las escuelas germánicas y sus referencias a artes marciales, aunque de la que más sé es la *Verdadera Destreza*.

-Pero que estés bien informado no significa que sepas ponerla en práctica, y menos matar a un *Irio* de esa forma -reprochó Anast.

La chica no se fiaba mucho de todo lo que había pasado en el todoterreno. Las decisiones de Mat en momentos de presión, la forma de protegerla, salir del coche volcado para buscar la espada, matar al *Irio*... Todo aquello no encajaba en la cabeza de la chica.

-Todo este tiempo lo he estado ocultando... -musitó Mat-. Practicaba sin que muchos lo supieran, solo un amigo mío que pensaba como yo tenía idea de que aún ahora seguía estudiando e investigando acerca de los seres que me contó mi bisabuelo. Al principio pensé que lo hacía por hobby e interés, luego se volvió más bien una necesidad de saber más. Escribí mucho acerca de esos seres, que en realidad no pensé que fueran reales, pero creo que escribía como una forma de explicar lo mucho que me gustaba ese mundo, como una tapadera para explicar porque me gustaba tanto investigar acerca de ellos.

Mat estaba muy serio, pálido, cada palabra que decía le daba miedo que fuese escuchada por Anast y Raz, y todos los que había en la ambulancia, pero debía seguir.

-Cuando Raz se presentó y leí la carta de mi bisabuelo supe porque había trabajado tanto sin una meta fija, era porque aunque me lo negase a mi mismo para no parecer ser un loco, ese mundo era real. Cuando Raz usó aquel poder, me di cuenta que todo lo que había hecho cobraba sentido - Mat targó saliva y miró hacia Anast, que le escuchaba con atención-. Lo que hice, lo hice porque en el fondo llevaba mucho preparado para esa

situación, fue un instinto que yo mismo preparé, no fue que supiese nada de este mundo antes.

La ambulancia paró, los sanitarios se levantaron y abrieron la puerta de la ambulancia, los de delante también bajaron. Raz se puso su gabardina y Anast una chaqueta, se prepararon para bajar de la ambulancia, Mat se quedó algo atrás, no sabía si bajar. Anast lo miró sin mucha emoción, señalándole hacia el exterior, no le quedaba otra que bajar. Mat bajó el último de la ambulancia, entonces Raz se giró hacia él.

-Bienvenido al Centro Goldert.

Un gran edificio de piedra oscura se alzaba frente a ellos. A pesar de la altura, Mat sólo pudo ver la planta baja y dos pisos, lo demás formaba parte del gran tejado abovedado que servía de camuflaje en el bosque. La fachada era muy antigua y bien conservada, pero parecía haber sufrido algunas modificaciones, le resultó muy parecida a los edificios que había estudiado de la época Barroca, tendría como mínimo más de trescientos o cuatrocientos años si ese era el caso. Todas las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas, definitivamente no querían que se viese lo que había dentro, aunque ya de por sí fuese un lugar difícil de encontrar.

-No está mal ¿Verdad? -dijo Raz avanzando hacia la entrada-. Es un edificio interesante.

Mat no dijo nada, tan sólo le siguió junto con Anast. Se giró para ver como los sanitarios entraban de nuevo en la ambulancia y se iban a toda prisa.

Raz abrió la puerta de entrada y pasaron dentro. Las paredes eran algo más sencillas que las exteriores, del mismo material que la fachada. Lo primero que vio al entrar fue un mostrador con dos recepcionistas, un hombre mayor y una mujer más joven, ambos de traje, como si se tratase de un hotel. El vestíbulo era amplio, tan solo destacaban en él la recepción, una puerta a la izquierda que ponía "Baños" y dos escaleras que salían desde cada uno de los extremos de la sala. Cerca del mostrador Mat pudo ver unas marcas extrañas, si no se hubiese fijado en detalles no lo habría visto. Una puerta pintada del mismo color de la pared, oculta a la vista de cualquiera.

Antes de poder fijarse en nada más, Raz le llamó a la recepción, donde estaba hablando con el hombre y la mujer de traje. Se acercó junto con Anast.

-Mat, te presento a Rodgers y Rina -presentó Raz. Los dos bajaron la cabeza a modo de ligera reverencia, se les veía formales pero estrictos-. Ellos son los encargados del complejo externo y de las habitaciones, así que siempre que tengas un problema en tu habitación puedes recurrir a

cualquiera de ambos.

El señor se adelantó a hablar con Mat y a echarle un vistazo más de cerca.

-Es un placer, señorito Gicerhun. Como ya sabíamos de su llegada le hemos estado buscando habitación. Espero que no le importe estar acompañado por otros dos chicos, las habitaciones son de cuatro personas, pero dado que ellos dos también son novatos y estaban en esa habitación casi desocupada, decidimos ponerlos juntos.

Mat miró al hombre a los ojos. El señor tenía puesta su atención en su mirada, como si tratase de indagar dentro de él con dos esmeraldas cristalinas increíblemente brillantes.

-Me parece bien, así aprenderé más deprisa y conoceré a mis compañeros.

La mujer joven sonrió.

-En ese caso aquí tiene la llave de su habitación, su número es el 105, ala oeste, coja las escaleras de la izquierda y en el primer piso siga el pasillo hacia la derecha, en el último cruce gire a la izquierda. Es una de las dos últimas.

Mat asintió y ambos hicieron de nuevo una media reverencia para despedirse. Raz se giró hacia Anast.

-Ve a cambiarte a tu habitación, nos veremos en la Sala Blanca en diez minutos.

Anast se giró y fue por las escaleras de la derecha, mientras que Raz y Mat por las de la izquierda.

-El complejo externo está separado en ala Oeste y Este -explicó Raz subiendo por las escaleras-. En la zona Este de la derecha están las mujeres, en la Oeste izquierda los hombres, no nos importa que por el día hombres y mujeres se mezclen si están descansando, pero a partir de las doce de la noche todos deben estar en sus habitaciones.

-¿Y si alguien no está a las doce en su habitación? -Mat tenía curiosidad, cuanto antes supiese las reglas mejor-. Dudo que aquí se xpulsa a la gente.

-Tienes razón, no se expulsa, pero hay castigos severos a quienes desobedezcan, además, la mayor parte del día la gente no está en la zona

superior, sino en los pisos subterráneos.

Mat se extrañó. No había visto ninguna escalera para bajar, puede que para eso estuviese la puerta oculta.

-¿Que se hace en los pisos inferiores?

Los dos ya habían llegado al primer piso y Raz guió a Mat tan y como Rina le había indicado por el pasillo.

-Hay un total de siete pisos -comenzó a explicar Raz mientras seguían el extenso pasillo-. El primero es la armería, además de la zona de vehículos, tenemos un pequeño túnel por donde salen los transportes en caso de emergencia. El segundo es un piso de hospital con todo lo necesario, cirugías, trasplantes... Todo lo que se necesita para salvar a alguien de morir. El tercero es una gran biblioteca para estudiar y trabajar en tranquilidad. El cuarto un laboratorio donde se estudia la fabricación de objetos mágicos, curas, armas... El quinto es el aula donde estudian los aprendices y novatos. El sexto piso es al que llamamos cuartel o la Sala Blanca, iremos en breve allí. El último piso es una prisión donde se encierran a seres o personas que cometieron crímenes y no podrían ser juzgados fuera de estos muros.

Raz giró a la izquierda como Rina les había explicado antes, siguieron en silencio hasta la habitación de Mat. El chico fue contando mentalmente. 102, 103, 104...

-Aquí es -indicó Raz frente a la última puerta del lado derecho-. Habitación 105, abre la puerta.

El chico introdujo la llave dorada en la cerradura y la giró con un sonido hueco de engranajes moviéndose, parecía como si toda la pared y la puerta se hubiese movido. Mat miró a Raz algo preocupado, pensando que había roto algo.

-Tranquilo, es el sonido habitual -dijo Raz calmándolo-, las puertas tienen cerraduras muy grandes que no se parecen a una cerradura normal, ni con ganzúa de experto se podrían abrir.

Mat abrió finalmente la puerta. Una habitación muy espaciosa, con cuatro camas, separadas entre si por mesillas de noche, con lámparas y espacio para libros. Cada una tenía en la pared de enfrente una cómoda donde guardar las cosas y , en el espacio junto a la última cómoda, había un gran armario empotrado con cuatro huecos para guardar chaquetones, cazadoras, etc...

Las dos camas más cercanas a la puerta estaban deshechas, Mat supo que eran de sus dos compañeros, pero ellos no estaban allí. Había una única

ventana, bastante grande, eso le gustaba. En su casa, su cama estaba pegada a la ventana, eso le ayudaría a acostumbrarse a dormir allí.

-Deja la mochila y el chaquetón aquí y volvamos al vestíbulo -Raz tenía bastante prisa al parecer.

Él se apresuró a dejar la mochila sobre su cama y el chaquetón dentro del armario que le correspondía, luego volvió con Raz fuera del pasillo, cerró la puerta y comenzaron el tramo de regreso a la recepción.

-¿Cuándo empezaré... -Mat dudó en terminar la pregunta, no sabía exactamente que iba a hacer allí-... lo que quiera que tenga que empezar?

Raz le entregó una pequeña esfera que se sacó del bolsillo de un color azul cielo.

-Empezarás mañana, ahora vamos a hablar con el responsable del Centro Goldert -explicó Raz-. Te entego eso por si acaso en cualquier momento sucede algo, tan solo aplástalo e iré enseguida, lo llamamos *b*, es un gran invento del laboratorio, mañana, cuando todo esté listo, te explicarán para que sirve.

Raz y Mat terminaron de bajar las escaleras, el chico aún miraba el *b alizador*, pensando en cuando y donde tendría que usarlo. Miró al frente y vio a Anast, se había cambiado, llevaba un pantalón corto y una camiseta estampada en marrones y grises, que destacaban frente al intenso color rojo de su pelo.

-¿Llevas mucho esperando? -preguntó Raz, a pesar de que nosotros no habíamos tardado mucho.

-Acabo de bajar, me costó un poco vestirme con los cortes y ranguños -explicó ella.

Miró a Mat de arriba abajo. Llevaba el jersey un tanto rasgado, al fin y al cabo no tenía el chaquetón puesto en el todoterreno, así que se cortó con algunos cristales.

-Deberías quitarte el jersey, no es que dé la mejor impresión -advirtió ella.

Mat miró las mangas rotas, pero también las vendas que había debajo de cada corte del jersey. Daba igual que hiciese, seguiría pareciendo un despojo. Aun así hizo caso a Anast y se lo quitó, tenía una camiseta por debajo, si fuese de manga larga también estaría bastante ragada.

-Vamos, nos están esperando -insitió Raz.

Se acercaron a la puerta oculta y el hombre introdujo en una minúscula cerradura una tarjeta muy pequeña y fina. La puerta se abrió con un ligero chirrido, mostrando cuatro ascensores muy modernos para estar en ese entorno. Subieron en el primero de la izquierda y Raz presionó uno de los botones que ponía "6-SB". Las puertas del ascensor se cerraron y la caja metálica comenzó a bajar a toda velocidad. A pesar de la rapidez de bajada, Mat notó que les llevaba un tiempo pasar de un piso a otro, el entresuelo debía ser muy espeso, como un búnker. El ascensor frenó poco a poco y las puertas se abrieron de nuevo. Estaban en una inmensa sala blanca, justo en el centro de ella. En las paredes laterales y traseras había decenas de puertas de cristal tintado en negro, pero en la que tenían delante, solo una, con un atril donde había una señora.

-Vamos Mat -le dijo Anast. Raz ya iba directo al pequeño atril y el chico aun observaba la gran sala en la que estaban.

Raz y los dos chicos llegaron frente a la señora que vigilaba la puerta. Tenía el pelo suelto y castaño y unos profundos ojos verdes, claros, pero algo más oscurecidos que Raz o Anast. En su afilada nariz descansaban un par de lentes con las que examinaba unos papeles.

-Hola señora Klideryn -saludo Raz cortesmente-. Venimos a hablar con...

-Se a que venís, señor Sventson -le cortó ella clavándole los ojos a Raz. No le sostuvo la mirada, miró al suelo para permitir hablar a la mujer-, tanto usted, como la señorita Valdrin y el señorito Gicerhun. Rodgers me informó de que venías, le pedí que me avisase con vuestra llegada -miró a Mat, inspeccionando al chico, pero Mat si que le sostuvo la mirada, aunque tragó saliva.

"No quiero volver a tener miedo", pensaba el chico. Sabía que desde el momento que conoció a Raz, desde que mató al *Irio* y desde que acompañó a Anast y Raz iba a vivir muchos más peligros, debía reprimir su miedo.

-Pasad, os está esperando desde hace rato -indicó la señora Klideryn mientras la puerta de cristal se abría.

Los tres pasaron junto al atril sin mirarla a los ojos, cabizbajos, aunque Mat trató de observarla de reojo. Definitivamente aquella mujer parecía más peligrosa de lo que aparentaba por aspecto, no solo por aparentar estricta y fría, también por su forma de actuar y ordenar. Ahora ya daba igual, Mat se centró en la nueva sala donde estaban, una sala bastante grande, aunque aparentaba un despacho, todo allí era blanco de nuevo, a Mat le costaba mantener los ojos abiertos por el brillo, pero pudo distinguir un escritorio en el centro del despacho, algunas macetas cerca

de las esquinas, y en la pared de atrás un inmenso escritorio gris, de unos diez metros de largo y un par de ancho, empotrado en la pared blanca, lleno de cajones nombrados a modo de fichero.

En el escritorio había un señor mayor, escribiendo en el teclado de un ordenador con un par de gafas. Pelo canoso, no muy corto, como la barba y el bigote, su rostro era casi cuadrado, marcado por las arrugas, aunque Mat no le echaba más de sesenta años. Reparó en una pluma negra que escribía en un papel, nadie la sujetaba, se movía en el aire sola, a toda velocidad, trazando movimientos de palabras y números. El hombre dejó de escribir y apartó la vista del ordenador, la pluma dejó de escribir y se posó en el escritorio casi al instante.

-Buen día, señor Goldert -saludó Raz con una especie de semireverencia.

-Raz Sventson, es un placer que hayas venido -saludó el hombre-, además de Anast Valdrin, un placer verte a ti también, querida. Y también a usted... -el señor Goldert hizo una pausa y miró a Mat, que se mantenía un par de pasos tras Raz y Anast. Sonrió sin quitar la vista del chico, tranquilizándole con su mirada-, Mat Gicerhun, ciertamente eres el bisnieto de Mattew, aunque tienes más los rasgos de Joline.

Joline era su bisabuela, por desgracia Mat no pudo conocerla, era demasiado pequeño cuando ella falleció, aunque su bisabuelo le enseñó fotografías en blanco y negro de los dos juntos.

-Encantado, señor Goldert -la voz de Mat temblaba, aunque trataba de disimularlo. El señor Goldert lo notó, levantando una mano a modo de invitación.

-Por favor, tomad asiento -indicó el hombre. En un pestañeo había tres sillas de cristal frente al deslumbrante escritorio. Mat sabía que esas sillas no estaban ahí antes-. Me gustaría que vosotros dos estuvieseis presentes mientras hablo con Mat.

Los tres se sentaron, dejándole a Mat la silla del centro para estar frente al hombre anciano. Su rostro cambió, a uno mucho más serio y centrado.

-Bien Mat, debo conarte un secreto, pero debes jurar por tu vida que lo guardarás...